

Eduardo Uribe⁽¹⁾

En la presentación del tomo de versos LA VOZ OBSESIONANTE, que en el curso de este mes verá la luz, bellamente editado por la Imprenta Alsina.

BAJO el hastío callado y doliente que mana de la mirada y parece envolver la presencia toda de Eduardo Uribe, se adivina el escintilar de su poesía y el fulgor de su juventud, como tras la oscuridad de los lluviosos cielos de invierno el palpitante de las estrellas.

Es tan joven, que aún la huella de la infancia está fresca sobre su frente entristecida por el martirio de pensar. Y yo pienso en esta infancia que debe haber sido poco ruidosa y en la que tienen que haber abundado pasajes como aquel de Hartley Coleridge, el tierno e infantil poeta inglés, cuando niño de cinco años fué llamado por alguien en ocasión en que estaba sumido en sus divagaciones:

—«¿Cuál Hartley?»—pregunta el soñador.—«¿Acaso hay otro Hartley?»—se le contesta.—«Yes, there's a deal of Hartleys. There's Picture-Hartley, and Shadow Hartley and there's Catch-Me Fast Hartley».

Y al escribir estas líneas me digo: Mas ya hoy si alguien lo llama no preguntará como el Hartley niño si es al del retrato o al de la sombra a quien se desea. Tal vez su pensamiento responda más bien así al llamamiento: —«¿A cuál queréis? Al cazador de ensueños, al pecador, al misántropo o al amante? Porque estos seres y una multitud más, entran y salen febriles, arrepentidos, lácios, alados o en llama en esta criatura que es un palacio encantado porque es un poeta.

Muchas veces me pregunté al verlo sumido en su taciturnidad: ¿Qué abuelos cuya carne es hoy polvo, son los que han venido a atormentar este espíritu en flor, con el dolor de sus ilusiones no realizadas, con los racimos de capullos vacíos en donde se formaron las alas de sus esperanzas, con su ansia de escudriñar el misterio de la Vida y del más allá, con su sed de amor no saciada y su dolorosa desconfianza en el comercio con los hombres? ¿Qué rey Salomón ya viejo, hastiado de todas las voluptuosidades gime en lo hondo de esta conciencia y la hace llorar por pecados no cometidos y sentir cansancio por una existencia no vivida, retorcerse de ardiente inquietud y prorrumpir en lamentaciones en las cuales suspira el «Vanidad de vanidades y todo vanidad» del sabio rey epicúreo?

(1) Eduardo Uribe es hijo del famoso escritor colombiano JUAN DE DIOS URIBE.

Eduardo Uribe hace pensar en el *Adolfo* de Benjamín Constant: es la misma timidez, el mismo afán cruel de análisis, de soledad y de muerte. Probablemente más de una vez ha pensado lo que el otro escribiera: «No tenía odio contra nadie, pero pocas personas me inspiraban interés». «No me encontraba a gusto sino solo, y tal es, aun hoy, el efecto de esta disposición de alma, que, en las circunstancias menos importantes, cuando debo escoger entre dos partidos, la figura humana me turba y mi movimiento natural es huir de ella para deliberar en paz».

Y su egoísmo es probablemente de la misma naturaleza del de este héroe de aquella novela: «tout en ne m'intéressant qu'à moi, je m'intéressais faiblement à moi-même».

Sin embargo, he aquí como en lo profundo de este ser, despierta la Enchantada Durmiente del Bosque. Es que el príncipe Juventud ha venido a desmenujar a la princesa Poesía que dormiera su sueño de maleficio en el fondo del castillo sombrío, enmurallado por zarzas y cuyo silencio sólo era interrumpido por el ulular del viento.

Sí, es la Juventud que logra abrirse paso a través de torturas ancestrales, de la desolación que la propia experiencia acumulara, y se acerca vestida de sombra con la palabra Amor temblando en los frescos labios como el lucero de la mañana en el seno de la aurora. Y la princesa sonríe sobre la superficie negra del sueño en que estuviera sumida, se incorpora... comprende al fin, tiende los brazos al amado y exclama: «Sois vos mi Prín-



EDUARDO URIBE

cipe? ¡Cuánto os habéis hecho esperar! Luego, suspendida del cuello del amado, cuenta el horror de su sueño, la persecución de la pesadilla, el dolor de su existencia,—alondra debatiéndose en las tinieblas contra las rejas que para aprisionarla forjara la Muerte. Su voz es el gorjeo del ave lírica que se liberta al fin, que se remonta de la gleba hacia el sol, agujereando nubes como una flecha melodiosa y que sacude de sus alas las perlas negras que la noche sin fulgores dejó en ellas.

Tengo entre las manos las páginas que el poeta ha escrito para formar su libro de LA VOZ OBSESIONANTE. Cierro los ojos y pienso emocionada en la luna nueva que en la melancolía del crepúsculo es una copa de penumbra dentro de la cual la luz comienza a escanciar, lenta y silenciosa, su vino de Amor.

CARMEN LIRA

Octubre de 1923

La finalidad de la educación civil

Educación no es hacer repetir durante uno y otro año trozos de Catecismo Astete u Ortografía versificada, aprendidos a fuerza de memoria y sin darse nunca cuenta precisa del sentido de tan laboriosas disciplinas. Educar es formar el carácter del individuo mediante la inculcación de las nociones de sus propios deberes. Educar es modelar sobre la masa amorfa de los instintos las nobles facciones del ciudadano.

La fuerza de un pueblo, más que en sus potencialidades económicas, se halla en las bases morales que sustentan su organismo. Porque ese sustantivo moral está constituido por el conjunto de tradiciones y de ideales que vienen a constituir a su vez el patriotismo. Reafirmar los vínculos espirituales que ligan a los ciudadanos de una misma patria, he ahí la finalidad de la educación civil.

B. J.